

cubiertos de Napoleón; únicamente los españoles no se desalentaron, prosiguiendo impetuosamente su heroica lucha en favor de la patria independencia. Según el plan trazado por Napoleón antes de abandonar á Valladolid, Soult, á quien confió la ejecución del mismo, debía dirigir sus armas contra Portugal, subordinándose al éxito de esta empresa las operaciones todas en el resto de la Península, excepto en Cataluña, especie de campo cerrado donde Saint-Cyr obraría con independencia. En virtud, pues, de lo acordado por el Emperador, mientras Soult tomaba la iniciativa en el ataque, quedaron encargados Mortier y Suchet de ocupar á Aragón; Ney, á Galicia; Victor, las posiciones avanzadas sobre el Tajo; José con Jourdan por jefe de Estado Mayor, y las divisiones Sebastiani, Dessolle y la reserva, como cuerpo de ejército, á Castilla la Nueva: Lapisse había de continuar en Salamanca; Kellermann, en Valladolid; Bonnet, en Vizcaya, destinándose, además, numerosos destacamentos á mantener expeditas las comunicaciones entre Madrid y los Pirineos.

Soult pasó el Miño por Orense; entró en Chaves y Braga, poblaciones que guarneció con algunas tropas, como hiciera antes en Tuy, rechazó á los portugueses en Ponte-Ponto y Falperra, y presentóse delante de Oporto el veintisiete de Marzo. La ciudad se negó á rendirse, y fué tomada al asalto el día veintinueve, entregándose la soldadesca á la matanza y el saqueo: dícese que perecieron en aquel triste día ocho mil portugueses. El mariscal francés tuvo que detenerse en Oporto para dar descanso á su ejército, esperar el material de guerra que dejara atrás y restablecer sus comunicaciones, si le era posible, con Galicia; pues el marqués de la Romana sitiaba á Tuy y el general lusitano, Silveira, había recuperado á Chaves y hecho prisioneros á los franceses que allí quedaran. Napoleón suponía que Soult estaba en Lisboa desde mediados de Febrero, y apremiaba á José para que Victor fuese sobre Mérida y Andalucía; y José no menos impaciente, instaba al citado general á cumplir las órdenes de su hermano. Pero los ejércitos franceses de España tropezaban con tantas dificultades para avanzar como el de Portugal; cada uno de ellos tenía enfrente otro español, casi de igual fuerza, y al tratar de batirlo, arriesgaba ser arrastrado lejos de su centro de acción y, dejándole á sus espaldas, que le cortase las comunicaciones. Lapisse estaba cercado en Salamanca por numerosas guerrillas; el general Cuesta, bravo y obstinado, espiaba á Victor, los restos de la Hueste de Cartaojal, sucesor del duque del Infantado, envuelta y desordenada en Ciudad-Real por Sebastiani el veintisiete de Febrero, se habían refugiado en los desfiladeros de Sierra Morena, dispuestos á disputar el paso al enemigo.

Necesitaban, sin embargo, los imperiales tomar vigorosamente la ofensiva, aunque sólo fuera para conservar la libertad de sus movimientos. Victor, pues, dejó á Talavera para marchar contra Cuesta; se replegaron los nuestros á Trujillo; entre escaramuzas y combates llegaron á Medellín, y siguieron adelante, por querer rehuir Cuesta el entablar

acción formal hasta que se le uniera el duque de Alburquerque. Verificóse la unión el veintisiete de Marzo, y Cuesta entonces revolvió sobre Medellín, resuelto á presentar batalla á su adversario. La pelea se trabó al día siguiente. Al principio, pareció que la victoria iba á coronar nuestras armas; pero, desbandada la caballería del ala izquierda y atropellado y herido el mismo general al querer contener el desorden, fuimos derrotados, con pérdidas de diez mil hombres; los franceses tuvieron también muchas bajas, aunque no tantas. Cuesta se retiró á Monasterio, y Victor se quedó, conforme á lo convenido, entre el Guadiana y el Tajo, aguardando noticias de Portugal. La rota de Medellín no hizo caer de ánimo á la Junta Central, que decretó recompensas á los que se habían portado honrosamente en la batalla y mercedes á las viudas y huérfanos de los muertos; elevó á don Gregorio Cuesta á la dignidad de capitán general, poniendo bajo su mando, además del ejército de Extremadura, el de la Mancha, y cuando José, creyendo la ocasión oportuna, dirigióla proposiciones de arreglo á los pocos días, por conducto del magistrado don Joaquín María Sotelo, le contestó estar pronta á oír al enviado si llevaba poderes bastantes para tratar de la restitución del rey y de la evacuación del territorio español por los ejércitos franceses. «De no ser así, continuaba, la junta no puede faltar á la calidad de los poderes de que está revestida, ni á la voluntad nacional, que es de no escuchar pacto, ni admitir tregua, ni ajustar transacción que no sea establecida sobre esas bases de eterna necesidad y justicia». No obtuvo más resultado el general Sebastiani en la tentativa que hizo para separar de la causa nacional á don Gaspar Melchor de Jovellanos, cuyo amor propio procuró lisonjear, ponderándole la fama de que su nombre gozaba en Europa.

Soult, obligado á permanecer en Oporto, decidió terminar la sumisión de las provincias ocupadas, antes de proseguir las operaciones, esperando recibir en el intermedio algún socorro, sin saber cómo ni de dónde. Sólidamente atrincherado en sus magníficas posiciones sobre el Duero, envió fuertes columnas á recorrer la región, como lo hicieron con escasa fortuna, y se aplicó, sobre todo, á captarse el afecto de los vecinos de Oporto, lo que dió motivo á que se pensase que, como Junot, aspiraba á ceñirse la corona portuguesa. Las miras egoístas que se creyó descubrir en sus actos, produjeron la desunión entre los jefes y oficiales de su ejército; de los que unos le alentaban á poner los ojos en el poder supremo; otros formaron, con el nombre de *filadelfos*, una sociedad secreta, cuyo fin era destruir la dinastía imperial, y un tercer partido, con los generales Loison y Delaborde á su cabeza, vigilaba atentamente la conducta de Soult, resuelto á echarle mano si consentía en ser proclamado Rey y á conducir el ejército á Francia. Desembarcó en tanto en Lisboa, al frente de considerables refuerzos, sir Arturo Wellesley, nombrado jefe de las fuerzas británicas existentes en el reino lusitano, adelantándose hasta Coimbra, con veinte mil ingleses y ocho mil portugueses. Los conspiradores del campo contrario hicie-

ron proposiciones á Wellesley, que si merecieron ser rechazadas, animaron al vencedor de Vimiero á avanzar prontamente. Los primeros combates entre aliados é invasores se libraron en Grijó los días diez y once de Mayo; fueron desalojados los franceses de sus posiciones, y vencedores y vencidos dieron vista á Oporto á la mañana siguiente. Creía Soult que las rápidas y profundas aguas del Duero le aseguraban la retirada; pero una división inglesa había cruzado dicho río más arriba, y atacado repentinamente el mariscal francés, tuvo que abandonar á Oporto tras sangrienta refriega, que le costó numerosas bajas. Su marcha retrógrada fué desastrosa; ingleses y portugueses le cerraron el paso de Amarante y necesitó echar por senderos casi intransitables, después de destruir sus carruajes y artillería. Acosado sin cesar, quemando pueblos y perdiendo hombres, asomó á Montealegre el día diez y siete; el diez y ocho atravesó la frontera, y el venticinco entró en Lugo.

Mientras Soult era batido en Portugal, Ney, ignorante de la situación de su colega, preparaba, de acuerdo con Kellermann, una gran expedición á Asturias, á donde se encaminó desde Lugo el trece de Mayo. El marqués de la Romana, que se entrara por el Principado al dirigirse Soult á Portugal, estaba en Oviedo en el momento de caer Ney sobre él con fuerzas muy superiores. Después de apoderarse de dicha ciudad á viva fuerza, esperaba el mariscal francés poder encerrar al caudillo español entre el mar y su ejército y obligarle á rendirse; no llegó, empero, á Gijón sino á tiempo de presenciar el embarque del marqués de la Romana en un navío inglés. El hábil general, que había licenciado á sus soldados paulatinamente, citándolos en Galicia, saltaba á tierra á los pocos días en esta provincia y sitiaba á Lugo con su gente, que Ney buscaba en Asturias. Galicia se hallaba, pues, como abandonada por el enemigo, y había casi vuelto á poder de los españoles, cuando Soult reapareció en ella á la cabeza de sus tropas extenuadas por el cansancio y las fatigas, librando á Lugo, donde Ney se le unió el treinta de Mayo.

Preocupado Napoleón por los asuntos de Austria durante el mes de Mayo, no dió ninguna orden relativa á España; mas al enterarse el tres de Junio de que los ingleses habían atacado á Soult, se puso á meditar seriamente acerca de la situación de la Península, y resolvió, creyendo remediar con ello las faltas cometidas, que formasen un sólo ejército los tres cuerpos de Ney, Soult y Mortier, cuyo mando dió al segundo, muy considerado á la sazón á causas de sus intrigas y sus derrotas en Portugal. Cuando en España se recibieron las nuevas órdenes del Emperador, Soult se hallaba en Zamora, y Ney obligado á evacuar á Galicia, para no verse cogido entre Wellesley, el marqués de la Romana y Noroña, que estaba en Vigo, se había retirado á Astorga. Precisamente en aquellos días acababan de estallar graves diferencias entre los dos mariscales.

Wellesley había entrado en España y avistádose con Cuesta, y á consecuencia de diferentes movimientos operados por ingleses, franceses y nacionales en Extremadura, León y las Castillas, José, alarmado por el avance de las huestes enemigas, salió de Madrid en el mes de Julio, con su guardia y reserva, dejando en la capital una corta guarnición; agregóse á Victor, y verificó otro tanto con Sebastiani, reuniendo de este modo sobre cincuenta mil hombres. El veintisiete de dicho mes se encontraron, en el campo que se extiende desde Talavera de la Reina hasta más allá del cerro de Medellin, el ejército de José, de una parte, y los unidos de Cuesta y Wellesley, de la otra. La batalla, empezada el mismo día veintisiete, continuó al amanecer del veintiocho. El mariscal Victor atacó con tres divisiones el cerro de Medellin, pero sus asaltos fueron rechazados con grandes pérdidas; á las diez de la mañana se suspendió el fuego, por estar los combatientes rendidos de sed y de fatiga. Vaciló el enemigo entre reanudar ó no el combate; mas decidióse á lo primero, y la pelea se renovó á las dos de la tarde, batiéndose todos con arrojo hasta que, al cabo de algunas horas, los franceses se recogieron á sus posiciones, declarándose al día siguiente en retirada. En esta acción, los franceses perdieron siete mil hombres; los ingleses, seis mil, y los españoles, mil doscientos; los primeros dejaron, además, en poder del adversario diez y seis cañones. La Junta Central condecoró á Cuesta con la gran cruz de Carlos III y nombró á Wellesley capitán general de ejército; Inglaterra elevó á sir Arturo á la dignidad de par, con el título de vizconde de Wellington de Talavera.

Mucho se amargó la alegría que produjo en los españoles el lisonjero resultado de la batalla de Talavera, con los descalabros que á poco sufrieron los nuestros. Mortier arrojó al ejército de Cuesta, que cubría la retaguardia del inglés, en el Puente del Arzobispo; Ney atacó y dispersó, en el puerto de Baños, á la división anglo-lusitana mandada por el inglés Wilson, y sobre todo, el once de Agosto, José y Sebastiani desbarataron en Almonacid las tropas del general Venegas, haciéndole perder diez y seis cañones y cuatro mil hombres, no sin tener ellos dos mil bajas. A estos reveses se unieron otras causas de disgusto, siendo una de las más importantes la escasa armonía que reinaba entre los ingleses y nuestros compatriotas: quejándose de falta de subsistencias, amenazaron los primeros con retroceder, y aunque la Junta Central envió comisionados al caudillo británico para disuadirle de su propósito y nacieron esperanzas de arreglo con la llegada del marqués de Wellesley, hermano de lord Wellington, al fin; el general inglés se replegó desde Jauracejo hacia Badajoz, acabando por establecerse en la frontera lusitana á principios de Septiembre.

No permanecieron ociosas las armas en otras regiones españolas, durante el período que nos ocupa. En Aragón, rendida Zaragoza, hubo una tregua en la lucha; pero fué breve. La Junta Central acordó, el dos de Abril, que se formase un segundo ejército de la de-